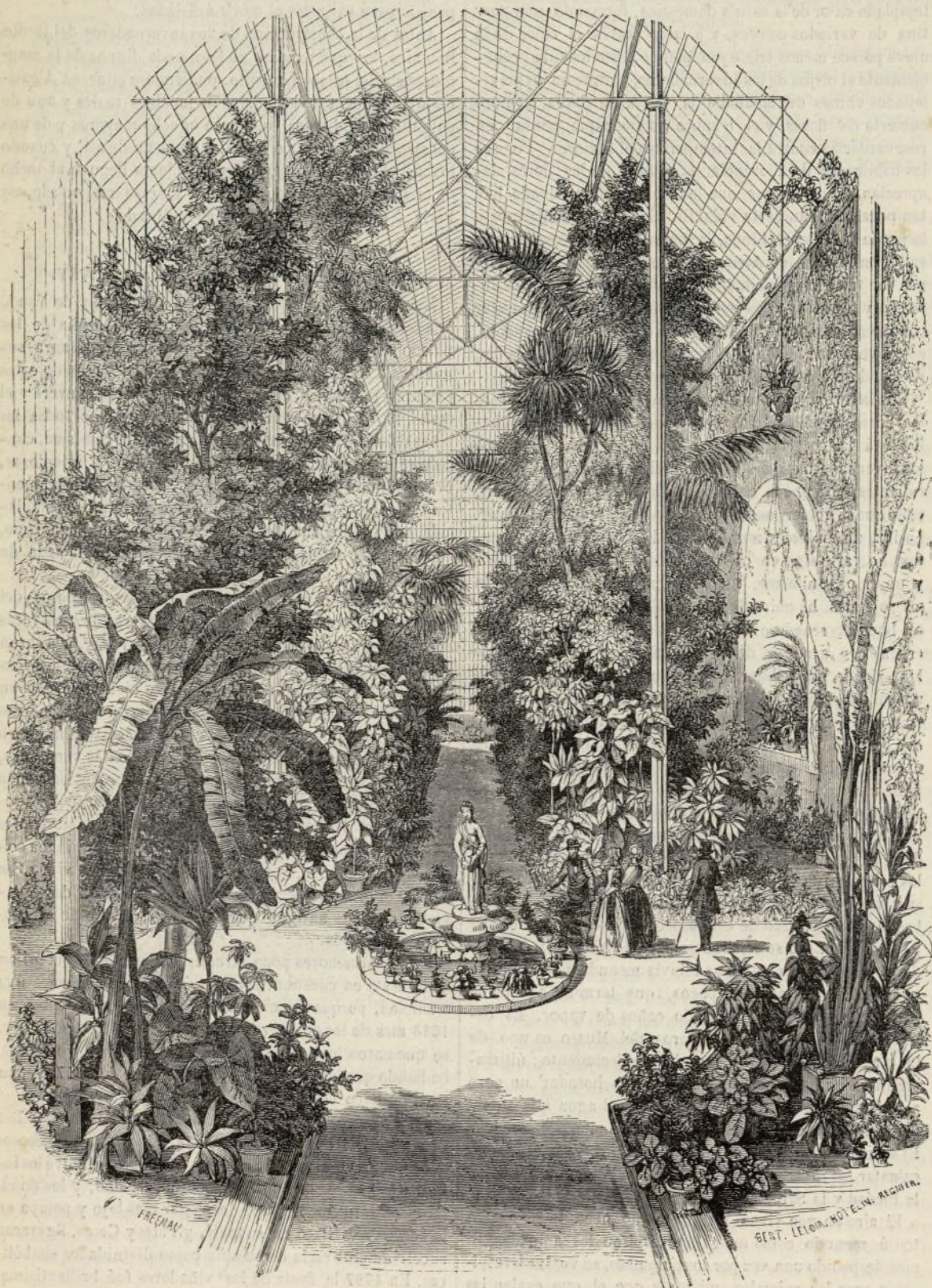


LOS INVERNADEROS DEL JARDIN DE LAS PLANTAS DE PARIS.



Vista tomada en los invernaderos del Jardin de las Plantas de Paris.—Dibujo de FREEMAN.

En las regiones del Norte donde el invierno dura ocho meses del año, la vista de las flores produce una sensación tan agradable, que se las coloca entre las dobles ventanas destinadas á preservar del frío los aposentos. Desterradas

de una patria en donde el cielo es mucho mas clemente, la familia escandinava adopta esas bellas flores prodigándolas los mas tiernos y esquisitos cuidados y cuando toda la verdura desaparece en los campos, las flores agradecidas,

T. I.—PARIS.—IMP. BLONDE.

12

abren sus corolas en sus cárceles de cristal, á beneficio del templado calor de la estufa doméstica, formando una cortina de variados colores, y á cuyo través el color de la nieve parece menos triste y monótono. Este ha sido probablemente el origen de los invernaderos, porque en los privilegiados climas del Mediodía la tierra se halla siempre cubierta de flores, y el hombre no tiene que pensar en resguardarlas contra las intemperies del invierno. Por eso los habitantes de Florencia, la ciudad de las flores, las aprecian mucho menos que los de Stokolmo, donde hay tan pocas y de tan corta vida. En Suecia particularmente la patria del célebre Lineo, la pasión de las flores es general, y en Francia, en Alemania y en Inglaterra, los inviernos son tan fríos y húmedos, y los veranos de tan corta duración y tan desiguales en temperatura, que es menester conservar las plantas delicadas bajo un abrigo permanente, cuyas ventanas no se abren mas que cuando hace buen día, volviéndose á cerrar al menor síntoma de mal tiempo.

Los invernaderos no son solamente simples abrigos para las flores, sino edificios en que cada planta deba hallarse á la temperatura del clima de su país; y por esto los invernaderos se distinguen en dos clases, templados y calientes, por que la cultura de las plantas de cada país, exige que se gobierne el invernadero de un modo particular. La luz, un ambiente mas ó menos húmedo, cuya temperatura no varíe sino en ciertos límites, una tierra adecuada y un calor uniforme, pero diferente según lo requieran los vegetales, hé ahí todas las condiciones que debe reunir un buen invernadero. La construcción debe de ser de cristal con armazón de hierro, para que penetre bien la luz; siendo preferible el hierro á la madera, porque la humedad del calor del invernadero podría fácilmente el armazón, ó favorecería la cria de un gran número de insectos que acabarían por carcomer la madera. El invernadero se calienta ordinariamente por medio de un aparato compuesto de una grande caldera llena de agua, de la cual salen tubos de hierro colado que, atravesando en diferentes direcciones todo el invernadero, vuelven á entrar en la caldera. El agua que circula en esos tubos reducida á vapor, los calienta, y cuando ha dado ya todo su calor se condensa y vuelve á alimentar el líquido de la caldera. Sin embargo, un calor seco de esta especie es nocivo para los vegetales, y por eso se esparce un poco de humedad, haciendo caer sobre las plantas una lluvia menuda por medio de una bomba de apagar fuegos, que termina como una regadera, y también soltando caños de vapor. El calentar los inmensos invernaderos del Museo es uno de los mayores gastos que tiene el establecimiento; últimamente se ha concebido el proyecto de horadar un pozo artesiano bastante profundo para que el agua que suministre se halle á la temperatura de unos cuarenta grados. El agua de este pozo serviría á la vez para regar el jardín, calentar los invernaderos, y los baños de los hospitales de la Piedad y la Salpêtrière.

El aire en que viven las plantas no necesita renovarse tan á menudo como en el que respiran los animales. El aire despedido una vez por los pulmones, se vuelve irrespirable para los animales, mientras que el que exalan las hojas no es mortal para los vegetales, pudiéndolo absorber y descomponer de nuevo, por cuya razón no es tan necesario como se cree, el ventilar los invernaderos, sin embargo de que se hace siempre que la temperatura lo permite. Lo que sí es indispensable es que las hojas, esos órganos respiratorios de los vegetales, no estén nunca cubiertos de

polvo, y los jardineros deben lavarlas todas con una esponjita para evitarlas el morir asfixiadas.

Antes de la construcción de los invernaderos del jardín botánico, los que existían no eran nada dignos de la magnificencia del establecimiento, pudiéndose citar en Alemania é Inglaterra invernaderos de jardines reales y aun de particulares pudientes, que eran mucho mayores y de una construcción mejor; pero en el día no sucede así, y cuando los árboles de los dos grandes pabellones lleguen al techo de cristal que los cubre, podrá uno creerse trasportado, en París, á un bosque de los del Nuevo-Mundo.

FIESTA DE LOS VIÑADORES EN VEVEY.

Existe en Vavey, segunda ciudad del canton de Vaud, una sociedad conocida bajo el nombre de Abadía de los viñadores que, desde tiempo inmemorial consagra sus trabajos á la mejora del cultivo de la viña, teniendo estas palabras por divisa, *ora et labora*. Por la primavera y el otoño, la sociedad envía sus peritos á recorrer todas las viñas del distrito, y según los informes de la comisión, concede el premio á los viñadores mas hábiles é ingeniosos, premios que consisten en medallas, coronas ó instrumentos de labor. Además, siguiendo una costumbre establecida, no se sabe cuando, acaso en tiempos del paganismo, celebra cinco ó seis veces cada siglo la fiesta llamada de los *Viñadores*.

Algunos historiadores suponen que los religiosos del convento de Haut-Cret desmontaron las escabrosas rocas del Vaux, y las tierras de las cercanías de Vevey, á la sazón incultas, para plantar esos sarmientos cuyos frutos serían muy saludables, si la intemperancia no hiciera de ellos un deplorable abuso. Queriendo recompensar á los viñadores por su trabajo, los frailes de Haut-Cret acostumbraban á reunirlos todos los años en Vevey, cuando las vendimias, concediéndoles el permiso de pasearse en procesion por la ciudad, procesion acompañada de cánticos sagrados y profanos, en el lenguaje del país, en la cual los labradores llevaban sus aperos de labranza, y que se terminaba con un banquete donde, por cierto, no escaseaba el vino. Sin embargo, otro historiador asegura que la fiesta de los viñadores es mas antigua que el establecimiento de los conventos religiosos.

Estos pormenores poco circunstanciados sobre el origen de la fiesta en cuestión, son los únicos que debemos á la tradición, porque en un grande incendio que devoró en 1638 mas de las dos terceras partes de la villa de Vevey, se quemaron los archivos de la Abadía de los viñadores, habiendo quedado solo un manual del año de 1647, y una copa de Baco con las armas de la Abadía.

Poco á poco la fiesta se fué apartando de su sencillez primitiva, introduciéndose en ella nuevos y numerosos adornos, y con el producto de las suscripciones entre los infinitos miembros que entraron en la sociedad, y los donativos voluntarios, se pudo desplegar mas lujo y pompa en la ceremonia. Baco en su tonel, y Palas y Ceres, figuraron sucesivamente en la ceremonia como divinidades simbólicas. En 1797 la fiesta de los viñadores fué brillantísima, como también en 1819 (5 de agosto) al cabo de una interrupción de veintidos años causada tanto por los acontecimientos políticos que trastornaron la Europa, como también por otra porción de calamidades. En 1833 se celebró aun con mas pompa y magnificencia. Unos veinte mil espectadores asistieron á la ceremonia, mezcla singular de

tradiciones mitológicas, de prácticas cristianas, de costumbres antiguas, de danzas, cánticos, banquetes y representaciones dramáticas, en las cuales figuraban mas de setecientos actores todos vestidos elegantemente con arreglo á los papeles que desempeñaban.

Los consejos de la sociedad para recompensar á los viñadores mas distinguidos, proceden del modo siguiente: Una comision con dos viñadores peritos, cuyas viñas no están sometidas á la visita, inspecciona las viñas, como ya hemos dicho, dos veces al año por lo ménos, es decir en las épocas mas importantes, despues de la poda y al caer la hoja, señalando imparcialmente aquellas viñas que les parecen las mejores. Los viñadores que por espacio de nueve años consecutivos obtienen los mejores resultados, son condecorados en la fiesta con una corona, acompañada de una medalla honorífica: aquellos que entre los veinte y seis viñadores que deben ser recompensados por la sociedad, han obtenido buenos resultados durante seis años, reciben una medalla y una prima, y por último los que en los tres últimos años se han señalado mas, son recompensados con una prima. Para ser premiado se necesita reunir á la inteligencia y el trabajo, el indispensable requisito de la moralidad. En el intervalo de una fiesta á otra, el consejo reparte primas cada tres años entre los viñadores que mas se distinguen en el arte de cultivar la viña, durante ese tiempo.

La ceremonia principia ordinariamente por la reparticion de coronas. En la fiesta del 8 de agosto de 1833, á las siete de la mañana toda la procesion se dirijia en el orden siguiente, y al ruido de las salvas de artillería, al sitio donde debia verificarse la distribucion.

ORDEN DE PARADA.

PRIMERA DIVISION. *Consejo, pastores y jardineros.*—4 tambores y pifanos; 12 músicos, oficiales y soldados (un destacamento con una bandera con los colores de la federacion); la bandera de la sociedad; el archero de la sociedad; 2 viñadores distinguidos; 2 viñadores coronados, acompañados de otros dos viñadores mozos; el señor cura; el consejo, el secretario y el condestable de la sociedad; el jardin de las pastoras azules llevado por nueve pastoras; cuatro músicos, violines y flautas; el comandante de los pastores; pastores jóvenes con guirnalda de flores; el portador del ramillete; ocho pastores con sus pastotas; cuatro pastores con cuatro carneros; ocho jardineros, y ocho jardineras.

SEGUNDA DIVISION. *Cuadrilla de Palas.*—treinta y un músicos; el jefe de la division; dos canéforas con incensarios; dos canéforas con un canastillo de flores; cuatro canéforas con el altar; dos canéforas con un canastillo de flores; la sacerdotisa de Palas; 2 canéforas con incensarios; la diosa Palas llevada por cuatro ninfas; doce segadores con sus hoces; doce jornaleros con sus rastros y un carro cargado de heno con cuatro jóvenes jornaleras.

TERCERA DIVISION. *Los vaqueros.*—Dos cornetas de los Alpes; seis vacas conducidas por seis vaqueros; seis vaqueros; una criada y un carro con los utensilios de una lechería.

CUARTA DIVISION.—El jefe de division, y 4 jóvenes con atributos y una bandera á su cabeza.

QUINTA DIVISION.—*Viñadores de primavera.*—6 músicos; el jefe de la division; 30 viñadores, doce de los que recibieron primas y otros doce de los recompensados con me-

dallas; una bandera; 46 viñadores; 46 deshojadoras; una division de viñadores de los que hacen el vino; una fragua con sus herreros y aprendices.

SESTA DIVISION.—*Cuadrilla de Ceres.*—31 músicos; el jefe de la division; la carreta; 2 sembradores; 4 cavadoras; 2 canéforas con incensarios, otras 2 con ofrendas, y 4 llevando el altar; la sacerdotisa de Ceres; 2 canéforas con incensarios; la diosa Ceres llevada por cuatro ninfas; 12 segadores; 12 espigadoras; 4 carro de trigo; 2 aechadores y 4 trilladores.

SÉTIMA DIVISION.—*Cuadrilla de Baco.*—28 músicos; el jefe de la division; 4 canéforas con incensarios y otras 2 con ofrendas; 3 sacrificadores, uno llevando al macho cabrio con los cuernos dorados, otro el hacha para el sacrificio, y el otro el lebrillo; 4 canéforas llevando el altar; 2 canéforas con ofrendas; el gran sacerdote de Baco; 2 canéforas con incensarios; Baco en un tonel conducido por negros; 12 faunos con sus tirsos; 12 bacantes con panderetas y cimbalos; Sileno el ayo de Baco, montado en un asno y servido por dos negros.

OCTAVA DIVISION.—*Viñadores de otoño.*—6 músicos; 4 guardabosques; el racimo de Canan, levado por dos viñadores; el jefe de la division; 1 bandera; 8 vendimiadores, y 8 vendimiadoras con cubos; el carro de la vendimia acompañado de 2 viñadores; 4 toneleros; el arca de Noé, y el pregonero de los vinos con un ramillete de acebo.

NOVENA DIVISION.—*La Boda de la aldea.*—30 músicos vestidos con el antiguo traje suizo, como todos los demas actores de la boda; el jefe de la division; la cocina; el baron y la baronesa con el traje de los antiguos nobles feudales; 4 criado; el escribano; el esposo y la esposa; 3 ancianos con sus mujeres; 8 convidados con sus amigas; jóvenes de la aldea; el carro con todo el ajuar, 4 oficial y un destacamento de antiguos suizos con sus tambores.

Habíanse construido dos estrados, uno para distribuir los premios, donde cabian tres mil personas, y otro para los espectadores. Enfrente habia un tablado adornado con carros de triunfo donde se veian figurados los atributos de las cuatro estaciones, en el cual se ejecutaron despues diferentes danzas.

A las ocho, el consejo, el gran sacerdote de Baco, las dos sacerdotisas y doce canéforas tomaron asiento en el estrado, y el presidente dirigió un discurso á los viñadores que iban á ser coronados, despues puso en sus cabezas las coronas, les colgó al pecho las medallas y les entregó las podaderas de honor asi como las primas.

Despues de la distribucion, seis trompetas y seis cornetas celebraron el triunfo de los viñadores, y los consejos acompañados del gran sacerdote, de las sacerdotisas y de las canéforas, cantaron un himno en loor suyo.

Pasadas algunas otras ceremonias, las diversas cuadrillas ejecutaron sus danzas y cánticos subiendo sucesivamente al tablado dispuesto para este fin. Cada cuadrilla, despues de concluido su papel, se retiró al puesto que ántes ocupaba. Todos los cuerpos precedidos de los consejos se pusieron en marcha para pasearse en procesion por la ciudad, y una hora despues todos se hallaban reunidos en el paseo grande alrededor de una mesa de ochocientos cubiertos.

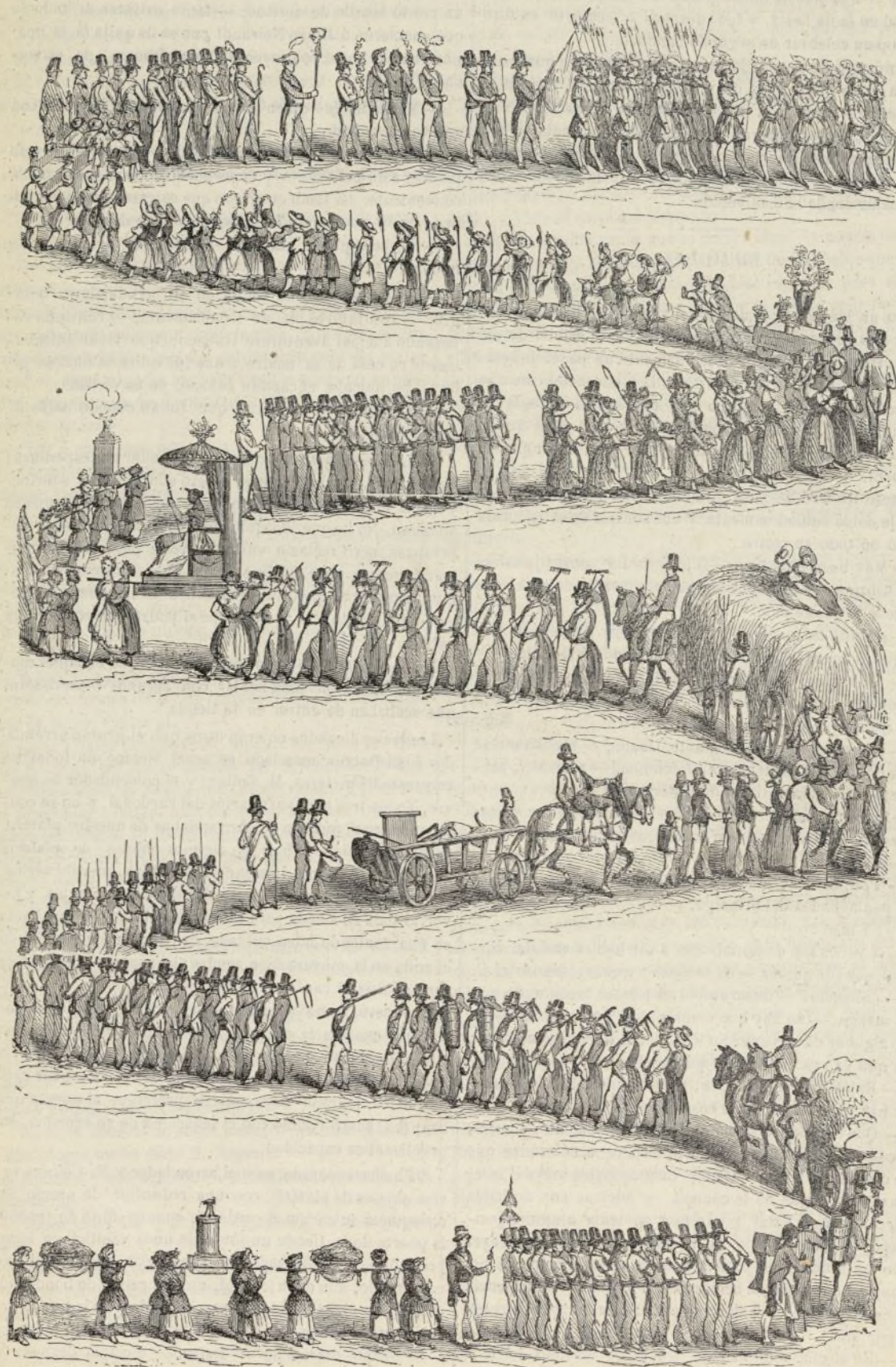
PASEO, CÁNTICOS Y BAILES.

En la mañana del 9 de agosto de 1833, la procesion, en el mismo orden que el dia anterior, llegó á los estrados,

FIESTA DE LOS VIÑADORES EN VEVEY.—FIN DE LA PROCESION.



FIESTA DE LOS VIÑADORES EN VEVEY. — CABEZA DE LA PROCESION.



recorrió la ciudad repitiendo sus cánticos y bailes en cada barrio, y á la puerta de las casas de los principales que figuraban en la fiesta, y fué despues á reunirse en otro paseo para celebrar un segundo banquete.

El número de espectadores suizos y forasteros que asistieron á la fiesta, era de mas de treinta mil. Las casas particulares ayudaron á los fondistas á practicar con aquella jente los deberes de la hospitalidad, aunque sin embargo de esto, muchos centenares de curiosos se vieron obligados á pasar la noche del 8 al 9 de agosto en los carruajes donde habian venido.

EL AHIJADO.

I.

Era un juéves por la noche del año 1649. El señor Rullard uno de los mas ricos plateros de Paris, estaba de pié en su trastienda leyendo detenidamente un papel magníficamente escrito en letra bastardilla y adornado con mayúsculas ilustradas. Un poco mas lejos estaba sentada su sobrina Juana, linda morena de diez y ocho años que á cada instante alzaba los ojos de la labor para mirar por la vidriera.

Maese Rullard despues de haber leído y releído su papel, le dobló cuidadosamente, y una sonrisa de satisfaccion brilló en todo su rostro.

— Muy bien, muy bien; — dijo á media voz dirigiéndose á su sobrina, — es imposible que el señor cardenal no me conceda lo que le pido.

— ¿Tanto os gusta el título de platero de la corte? — preguntó Juana, algo distraída, y mirando á la calle.

— Ya lo creo, — exclamó Rullard, — inútil pregunta; si lo consigo, mi fortuna está hecha.

— ¡Cómo si no fueseis ya bastante rico!

— Nunca se tiene lo bastante, Juana, — repuso maese Rullard con una sentenciosa profundidad, — ademas, ¿acaso no vale nada el título de platero de la corte?

— A mí me parece, — dijo la jóven bajando la voz y titubeando, — que ese título va á ponerlos en apuros.

— ¿Y porqué?

— Porque hasta la fecha, todos vuestros parroquianos son paniaguados del príncipe.

— ¿Y bien?

— Y estáis tan acostumbrado á oír hablar mal del cardenal, que sin querer se os escapan algunas cosas contra él.

— ¡Silencio! — interrumpió el platero levantando ambas manos, — no hay que mentar eso, Juana. Si he repetido algunos dichos sobre Su Eminencia, he hecho muy mal; con que ya ves que me arrepiento.

— Es verdad, querido tío; pero los aprendices y los mozos han tomado la misma costumbre...

— Que harán bien de cambiar inmediatamente, — repuso con presteza maese Rullard, — porque no sufriré que me comprometan mis criados. Cuando hablé mal del cardenal, fué porque no le conocía, y ademas aun no habia fallecido maese Vatar, por lo cual no tenia ninguna posibilidad de reemplazarle, mientras que desde ántes de ayer todo ha mudado de aspecto; ántes de ayer supe la noticia cuando volvia de acompañar á Julian á la diligencia de San German... y ahora que me acuerdo, todavía se está por allá.

— En efecto, — dijo Juana volviendo los ojos hacia la calle, — no sé qué puede detenerle tanto tiempo y ya principio á estar con cuidado.

Maese Rullard fijó los ojos en su sobrina.

— ¿Conque esas tenemos? — dijo tomando de repente un cierto tonillo de acritud, — tanto os interesa todo lo que concierne á Julian Noiraud! ¿no se os quita de la imaginación ese hermoso proyecto de matrimonio, no es verdad?

— Mi madre fué quien le formó, — replicó la jóven con acento conmovido.

— Enhorabuena; — repuso Rullard, — pero yo tengo otro parecer sobre el asunto, y como puedo dotaros de un modo conveniente, así tambien quiero que os caseis con un hombre rico, y no con ese Julian que no tiene dos cuartos.

— Sí, pero puede ganarlos — añadió la jóven con timidez.

— Lo dudo, como no venga en su ayuda algun milagro: — continuó el platero irónicamente, — ¿continúa esperando á aquel aventurero italiano, que vivió antiguamente en casa de su madre y que fué quien le sacó de pila? ¿Se llamaba el capitán Julian, no es verdad?

— Ya sabeis, querido tío, que Julian cuando habla de eso es de chanza.

— Está bien, pero como no puede fundar sus esperanzas en otra cosa, eso hace que no quiero admitirle por sobrino, y hasta añadiré que deseo que os mostreis con él ménos amistosa. No he querido quitarle de repente todas sus esperanzas, pero reclamo vuestra ayuda para irle desanimando poco á poco, porque con mi nueva posicion ese matrimonio es mas imposible que nunca. Si me nombran platero de la corte... ¡quién sabe si podré casaros con un noble!

Maese Rullard no pudo continuar, porque en aquel momento le llamaron para hablar con algunos compradores que acababan de entrar en la tienda.

Los recién llegados no eran otros que el grueso arrendador Juan Dubois, mezclado en aquel tiempo en todas las empresas financieras, M. Colbert y el comendador de Souvré. Todos tres eran partidarios del cardenal, y no se contaban entre el número de parroquianos de nuestro platero, pero habian oído hablar de algunos objetos de platería que llamaban mucho la atención, y habian querido verlos.

Maese Rullard les hizo un millon de cumplimientos, y revolvió toda su tienda para enseñarles lo mejor que habia en ella, teniendo buen cuidado de mezclar de cuando en cuando en la conversacion sendas alabanzas y protestas de cariño hacia el cardenal y sus partidarios.

El platero, como ya ha podido adivinarse, se cuidaba poco de la constancia en las opiniones, poseyendo una conciencia bastante elástica para plegarse á todo lo que le podia traer alguna cuenta. A fuerza de celo en favor propio, habia logrado llegar en su profesion al puesto que ocupaba, sustituyendo con la tenacidad de su egoismo, su problemática capacidad.

Ya habia separado para el arrendador y M. Colbert varios objetos de platería, con una reduccion de precio, en obsequio á su cariño al cardenal, cuando abrió de repente la puerta de la tienda un jóven de unos veinticinco años, pequeño, y desfigurado por las viruelas, pero que habia conservado, aun en su fealdad, una espresion de bondad inteligente y atrevida, el cual precipitándose en la tienda arrojó sobre el mostrador un paquete que traía bajo el brazo.

— Buenos dias, señor maestro, — exclamó despues de saludar á los tres personajes en cuestion, — ¿habeis estado con cuidado porque no vine anoche? Fué porque M. de

Nogent me hizo quedar en su casa para componer su sortu de plata.

— ¡Ah! ¿Venís de casa del conde? — interrumpió Colbert; — ¿está bueno?

— Muy bueno, caballero.

— Si está bueno, — repuso el comendador de Souvré, — es porque sin duda ha compuesto ya alguna nueva picardía contra Su Eminencia.

— Ya lo creo, — exclamó Julian riendo, — ha hecho nada ménos que veinte coplas contra el cardenal, que me ha cantado en alta voz.

— Como... ¡se atreve!... — interrumpió Dubois escandalizado.

— Y tanto; — repuso Julian, — habia principiado á enseñármelas...

Maese Rullard miró á Julian de reojo para indicarle que callara, pero este no comprendió la seña. Era tan antigua la costumbre de hablar mal del cardenal en casa del platero, que el jóven no podia suponer cambio ninguno en ella; así fué, que despues de haber buscado un instante en su memoria, exclamó:

— ¡Voy á entonaros una copla!...

Y al decir esto se puso á cantar una coplilla irónica poniendo en ridículo al cardenal.

— ¡Julian! — exclamó el platero pálido de miedo.

— Dejadle, — dijo el comendador, que á pesar de haberse declarado partidario del cardenal, por interes, no podia ménos de reirse, como buen noble frances, de las burlas que se le hacian; — á mi me gustan mucho las sátiras, y tengo en mi casa una coleccion de *mazarinadas*.

— Toma; lo mismo que mi amo, — observó Noiraud, — el ayuda de cámara de M. de Longueville le ha dado todo lo que ha salido contra él.

El platero quiso desmentir al muchacho, pero las risas de los nobles y las exclamaciones del arrendador le desconcertaron hasta tal punto, que se interrumpió á si mismo para preguntar á Julian que porqué no se iba á trabajar, estando allí demas. El jóven, ignorando el cambio que su ausencia de veinticuatro horas habia producido en las opiniones de maese Rullard, le miró con la mayor sorpresa.

— Perdonadme, maestro, — dijo titubeando, — pero creía daros gusto hablando así...

— ¿Por qué no has ido á casa del marques de Avaux? — repuso maese Rullard, que buscaba evidentemente un pretexto para reñirle.

— Si que he ido, — contestó Noiraud.

— Entónces, ¿porque te traes otra vez el braserillo? — añadió el platero señalando el bulto que estaba en el mostrador.

Julian no pudo ménos de sonreirse.

— No es el braserillo, señor maestro; es una coleccion de libelos que me ha dado M. Nogent.

— Apuesto á que son contra el cardenal, — exclamó el comendador.

— Están todos los que han llegado de Holanda el mes pasado.

— Y son para la coleccion de maese Rullard?...

— Yo creía que eso le gustaba...

Las risas de ambos señores crecieron mas y mas; pero esta vez el platero se puso pálido de cólera.

— ¡Es mentira! — exclamó, — no tengo ninguna coleccion semejante, y no se lo que eso quiere decir.

Julian se estremeció de piés á cabeza.

— ¡Cómo! ¿una mentira? — repitió el jóven, — preguntad á los demas de la casa.

— ¿Quieres callarte? — gritó Rullard fuera de sí.

— Me callaré, — contestó Noiraud, — pero por eso no hay que llamarme embustero.

— Pues sí, lo eres, — repitió el platero exasperado, — y para probártelo, sal al instante de mi casa.

— ¡Yo!

— Márchate al punto; no quiero aquí jentes que hablen con poco respeto del cardenal; yo soy un súbdito fiel de Su Eminencia, y daria por él no solo mi fortuna, sino mi vida... ¡Viva el cardenal Mazarino!

Rullard no sabia ya lo que se decia; abrió la puerta de la tienda y señaló la calle á Julian. Este, que se habia quedado al pronto como petrificado, quiso replicar, pero el platero no le dió tiempo para ello, y le mandó salir imperiosamente, añadiendo que si volvía á parecer por allí le echaría á puntapiés como á los perros. Noiraud, despues de varias tentativas infructuosas para apaciguarle, llegó á perder la paciencia y exclamó:

— Pues bien, me marchó, porque el diablo me lleve si no habeis perdido la chaveta.

— Toma lo que te debo, — dijo Rullard sacando del cajon algunos escudos, y echándolos en el mostrador.

— Os los regalo, — interrumpió Julian poniéndose el sombrero.

— Toma, toma; te he dicho que no quiero que vuelvas.

— ¡Volver! — contestó el jóven exasperado, — volver donde me han llamado embustero, y echado á la calle?... no tengais cuidado que no me volveréis á ver mas.

— Eso es lo que deseo.

— Y eso sucederá; porque yo no cambio en un cuarto de hora; no estoy hoy por el príncipe y mañana por el cardenal...

— ¿Sales ó no?

— Al instante voy; cojeré unicamente mis folletos, puesto que renunciáis á formar coleccion.

Rullard mostró los puños á Julian en ademán amenazador; pero este se encojió de hombros desdeñosamente, tomó el paquete bajo el brazo y se lanzó á la calle.

Al pronto principió á caminar sin saber adonde, y sin pensar en otra cosa que en la injusticia y brutalidad de su amo, pero insensiblemente se fué calmando, y á la cólera sucedió la tristeza. Aquella despedida no le importaba mucho á la verdad, porque conocia otros plateros que le admitirían á trabajar en su casa con los brazos abiertos, pero el rompimiento con el tío de Juana destruía para siempre sus esperanzas de matrimonio, y esta desgracia era mas difícil de soportar. El jóven obrero se sintió con el corazon tan oprimido al pensar en esto que no pudo continuar su marcha. Habia pasado ya las Tullerías siguiendo el curso del Sena, y se hallaba en un sitio solitario donde se sentó. En aquel momento fijó los ojos en el paquete que llevaba bajo el brazo y no pudo contener un movimiento de despecho.

— ¡Maldito cardenal! — dijo para sí, — él es la causa de todo; sin él maese Rullard no se hubiera enfadado conmigo, seria su primer oficial, y acaso un día hubiera llegado á obtener la mano de la señorita Juana.

Este pensamiento aumentó su odio hácia el primer mimistro. Deshizo maquinalmente el paquete y se puso á examinar los libelos, que consistian en memorias relativas á los asuntos de España, canciones contra las señoras Mancini, sobrinas de Mazarino, y por último una biografía

satírica del cardenal. Julian recorrió esta última con ojos distraídos, pero de repente se detuvo y lanzó un chillido: acababa de leer la frase siguiente impresa en la primera página:

« Antes de tomar las órdenes, el señor cardenal había manejado la espada, mandando una compañía en 1625. Los jenerales del papa, Conti y Pagni, le encargaron una misión cerca del marqués de Cœuvres, y Su Eminencia fué á buscarle á Grenoble donde permaneció dos meses bajo el nombre del capitán Juliano.»

El joven leyó dos ó tres veces este párrafo con una palpitación de corazón imposible de describir. Los nombres, los sitios y las fechas no podían dejar duda ninguna; el capitán en cuestión era seguramente el mismo que le había sacado de pila: Julian era, pues, ahijado de Su Eminencia.

Al pronto se sorprendió, y luego se llenó de alborozo. Levantóse dando un brinco, y empezó á repetir en alta voz riendo y saltando:

— ¡El cardenal es mi padrino! ¡el cardenal es mi padrino!

Dejando allí todos los libelos, ménos aquel que acababa de proporcionarle tan precioso descubrimiento, quiso volver lo andado para comunicar á maese Rullard y á su sobrina aquella buena nueva tan inesperada, pero no llevó adelante su idea, convencido como lo estaba de que el plátano no quería escucharle ni creerle, y que le echaría de nuevo de su casa, humillación que su reciente parentesco con el cardenal, le impediría soportar esta vez. Además, lo más urgente era hacer reconocer sus derechos. Una vez obtenida la protección de su padrino, maese Rullard se mostraría más complaciente, estando muy en sus costumbres el trabar amistad con los ricos y los poderosos. Por consiguiente cambió de resolución, y después de haber ido de una corrida á la guardilla donde dormía á tomar su fe de bautismo para acreditar su parentesco espiritual con el capitán Juliano, se dirigió á todo correr al palacio del cardenal.

II.

Al llegar, Julian preguntó por uno de sus camaradas llamado Pedro Chottart que desempeñaba las importantes funciones de cocinero mayor del señor cardenal. A causa de su divergencia de opiniones, Julian había estado sin verle muchos años, y así fué que Chottart apenas pudo reconocerle: sin embargo, pasados los primeros cumplimientos hechos recíprocamente, le preguntó al oficial de platería, lo que le traía por allí, y este le contestó que deseaba hablar al cardenal. El cocinero creyó que estaba loco, y Julian, sin dar á entender los motivos, añadió, que quería hablar con Su Eminencia á toda costa.

— ¿Y creías que para eso no había mas que hacerte anunciar, eh? — preguntó Chottart irónicamente.

— No, — respondió Julian, — pero he contado contigo para que me indiques el medio más pronto y más seguro de hablar al cardenal.

— El medio es muy sencillo; no tienes mas que pedirle una audiencia.

— Vamos, amigo Pedro, no te burles, porque te estoy pidiendo una cosa que me interesa en sumo grado.

— Por mi parte no sé que haya otro medio, amigo mío, — repuso el cocinero.

— ¡Cómo! ¿tan imposible es hablar con el primer ministro?

— Ni mas ni ménos. Yo mismo que te estoy hablando á pesar de mi empleo, no le veo nunca.

— ¿De veras?

— Y sin embargo, ya vez que estoy haciéndole el chocolate.

— ¿Ese es el chocolate del primer ministro? — dijo Julian mirando á una cacerola de plata puesta á la lumbre.

— Dentro de un instante, — repuso Chottart, — echaré el chocolate en esa taza de plata sobredorada y llamaré á un criado que subirá á los aposentos de Su Eminencia por esa escalera, el cual al llegar al vestíbulo entregará la bandeja al ayuda de cámara.

— ¿De manera que solo el último puede ver á Su Eminencia?

— El único; pero, escucha, ya lo están pidiendo.

En efecto, en aquel mismo instante sonó la campanilla. Pedro Chottart se apresuró á llenar la tacilla que puso después en una bandeja con todo lo correspondiente, y fué al cuarto vecino á buscar una servilleta de hilo de Flandes con las armas del cardenal.

La ausencia del cocinero inspiró á Julian una resolución repentina y que puso al punto en ejecución. Corriendo al cuarto donde acababa de entrar su amigo Pedro, cerró la puerta con llave, y se lanzó con la bandeja en la mano á la escalera designada; subió rápidamente los escalones, atravesó una porción de corredores, llegó al vestíbulo donde debía llamar al ayuda de cámara, levantó al acaso la primera mampara que se presentó, y se encontró frente á frente con el ministro que acababa de escribir una carta.

El cardenal, que se volvió al ruido, permaneció con la pluma en el aire al ver á aquel desconocido con la cara asustada y sin librea.

— ¿Qué significa eso? — le preguntó un poco sorprendido con el acentillo italiano que tuvo siempre, — ¿qué venis á hacer aquí? ¿qué queréis?

— ¡Ah! ¡Es Su Eminencia! — exclamó Noiraud dejando caer la bandeja encima de la mesa del ministro. — Ah! ya estoy salvado! Buenos días, padrino.

El cardenal retrocedió asustado, y agarró el cordón de la campanilla.

— ¿No me reconocéis? — continuó el joven sonriendo, — no es extraño... como que no tenía mas que quince días cuando me visteis por la última vez, en 1625.

— ¡Como, en 1625! — repitió Mazarino que creía realmente estar viendo delante á un escapado de una casa de locos, — no os entiendo, explicaos; ¿quién sois?

— ¿Con qué no lo habeis adivinado? — contestó Julian frotándose las manos, — soy el hijo de la señora Noiraud. El cardenal trató de reunir sus recuerdos.

— La señora Noiraud de Grenoble, — continuó Julian, — una tendera en cuya casa estuvisteis cuando erais capitán, y cuyo hijo sacásteis de pila.

— En efecto, creo acordarme, — dijo Mazarino, y ese hijo...

— Soy yo... — interrumpió el joven riendo, — Julian Noiraud de Grenoble! Acabo de saber en este instante que fuisteis vos el capitán Juliano, y he venido corriendo aquí ¿estais bueno padrino?

(Se concluirá.)